

hombre destinado a dirigir hombres.

No es posible haber frecuentado el trato amistoso de Magallanes Moure sin haber experimentado, como dice Prado, su influencia benéfica.

No puedo llamarlo místico, porque lo admiro demasiado, y porque Magallanes no es un místico, pero la suavidad, la bondad infinita y consciente de su naturaleza, impresionan y producen un sentimiento casi religioso.

Para las gentes que sienten la necesidad de admirar, de respetar y de querer, la personalidad de Magallanes produce reposo y despierta gratitud.

Y es tan extraordinario encontrar gentes que posean la belleza de alma que Magallanes posee, que es sensible que no le sea dado a mayor número de personas la gracia de conocerlo a fondo.

Pero, Magallanes es esencialmente un contemplativo, y su sensibilidad misma, lo aleja de todo trato banal. Es lo que con tanta verdad dice Pedro Prado, «un grande y limpio espíritu amoroso».

Pero, no puedo sin escrúpulo, clasificarlo así, sin explicar lo que yo entiendo, que significa para Magallanes, el sentimiento amoroso.

Los que han nacido como él, con la necesidad imperiosa de admirar; los que como él sienten impregnada el alma del dolor de las cosas, los que nacen sin facultades de goce, porque el goce mismo los conmueve hasta el llanto; los que comprenden, sienten y analizan, y no se sienten movidos por un Dios, buscan con el cerebro, con el corazón y con la carne ese milagro de la vida, que ellos llaman amor. Ese amor, que es todo conciencia; que es ir lejos de toda banalidad, y hacer de dos almas una sola, para amar más, para perdonar más, para albergar mayor belleza. Es, la defensa de la soledad, más que el grito de la carne.

No hay, pues, nada de pueril, como en tantos y tantos poetas, en el sentimiento, amor que mueve a Magallanes.

Y es por eso, por la grandeza misma de su propio sentir, por lo cual va solo este hombre extraordinario. Y de su soledad luminosa, de esa soledad llena de altas resonancias humanas, es de donde brota toda su poesía.

Acerquen el corazón, y sientan esto:

Tus ojos y mis ojos se contemplan  
en la quietud crepuscular.  
Nos bebemos el alma lentamente  
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron  
de los ardores del amor,  
en la paz de la tarde nos miramos  
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.  
Ahora azul, azul está.  
Era una soledad el cielo. Ahora  
por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía,  
somos el hombre y la mujer.  
Conscientes de ser nuestros, nos miramos  
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:  
del color del agua del mar.  
Desnuda, en ellas se sumerge mi alma,  
con sed de amor y eternidad.

Me es difícil terminar este artículo  
sin comentar algunos aspectos más

## Nueva York múltiple

Por JOSÉ JUAN TABLADA

LA vida social de la «season» de invierno se inaugura en Nueva York con dos brillantes sucesos, el Concurso Hípico y la primera noche de Opera en el Metropolitano.

Ambos son estupendos por las enormes cantidades que acumulan en elegancia, riqueza y vanidad, cosas superfluas que nunca han parecido tan irrisorias y sarcásticas como ahora, cuando en Washington se desarrolla la grave y universal tragedia del Desarme, cuando se aproxima un invierno que han anunciado crudísimo y en todo el mundo perduran, como rastros de la Gran Guerra, cesantía y miseria...

Por eso no puede hablarse de las «Vanity Faire» del gran mundo, sin cierta sonrisa, más adolorida que burlona.

Cuando hace un siglo el caballo era el principal medio de locomoción, los concursos hípicos tenían gran utilidad, pues su fin era mejorar la raza equina. Pero hoy, en la edad de la locomotora, del automóvil y del aeroplano, los concursos hípicos, como las carreras de los hipódromos, han perdido ese noble fin y no son más que pretextos para suntuosos festivales de ostentosa elegancia, cuando no para ruinoso juego...

Hombres que no cifran su orgullo en la pureza de su propia sangre, como las viejas aristocracias, sino en la «pura sangre» de sus caballos, van allí a competir dispendiosamente, para ganar el «blue ribbon», el codiciado listón azul que confirmará la nobleza de sus caballerizas.

Muchos de sus «sportmen» o no saben o han olvidado quién fué su bisabuelo, pero en cambio pueden lucir, a falta del propio, el árbol genealógico de sus caballos y aun de sus perros, en complicados «pedigrees» que se remontan a muchas generaciones...

No hay para qué decir que con las sumas que se dedican al mantenimiento de esas cabellerizas y de esos caballos nobilísimos, se podría redimir a una legión de seres humanos que viven en absoluta miseria espiritual y corporal, que no tiene ni pan ni abrigo y que vagando en el tenebroso corazón de estas noches ya invernales, deben envidiar la suerte de los perros falderos y de las caballerías de «pura sangre»...

de la personalidad de Magallanes; sin hablar del pintor y del artista; pero, le dejo la tarea a espíritus más doctos, y me conformo con expresar una vez más mi admiración llena de simpatía, por nuestro gran poeta y su último libro.

(El Mercurio. Santiago de Chile).

EN cuanto a las mujeres que aun siendo, como aquí lo son, casi supermujeres, jamás fijan su espíritu versátil en el amargo cáliz de los pensamientos trascendentales, van al Concurso Hípico a lucir sus pieles recién sacadas del «storage», sus sombreros modelos de París, o simplemente a hacer acto de presencia en esa gran parada de la humana vanagloria, que huele a estiércol y a perfumes de Caron.

Y Venus Contemporánea me perdona el desacato; pero a pesar de los años transcurridos en suavizadora evolución, cómo se parece la moderna mujer de lujo a la hembra cavernaria de la Edad neolítica y qué poderoso lazo de barbarie las une aún a través de los tiempos!

Llenas de joyas ignoran sin duda que la ciencia establece una razón directa entre el salvajismo y el ornato personal... y hasta el lunar postizo en la mejilla está allí reemplazando al tatuaje!

En cuanto a las pieles y a las plumas, son los atributos bárbaros por excelencia, en las zonas templadas y los climas fríos; los despojos de los animales cazados por el jefe de la horda y arrojados a las hembras después del banquete en torno de la hoguera...

Pero si queréis más, allí tenéis a esas mujeres, danzando al compás africano de la música del «jazz» y estremeciéndose en el «shimmy», absolutamente igual, al decir de un amigo mío, explorador del Continente Negro, a cierto baile hotentote, de efectos erotogénicos, en cuyos detalles me está vedado insistir...

Y si aun dudáis, lector romántico y adorador de la «donna angelicata», ponéos al alcance de una de estas mujeres de presa, llamadas «Vampiros», llena de pendientes y collares y disimulada bajo pieles y plumas...

Conoceréis entonces a la fría «Doncella de hierro» de las torturas medioevales; sentiréis, como el héroe de Kipling, que vuestro oro y vuestra sangre, parten en centrífuga estampida y daréis fe de que un «Vampiro», puede también ser un «sarcófago», es decir, comer carne cruda...